

# Editorial

En esta oportunidad nos abocamos a publicar trabajos referidos a «Sujetos contemporáneos. Formas de aprendizaje y comunicación». Una primera aproximación a los materiales recibidos mediante convocatoria nos permite visualizar las temáticas que están en el centro de las preocupaciones de los docentes de este nivel educativo: los problemas relativos al aprendizaje estudiantil, dificultades, condiciones iniciales al ingreso, desvinculaciones, desafiliaciones o abandono en el tránsito de los primeros años de cursado... También está presente la necesidad de explorar las características generacionales en cuanto a intereses, formas de pensar, de comunicarse y comportamientos; comprender a estos nuevos sujetos de la denominada «generación tecnológica» parece ser el camino que oriente las propuestas de enseñanza dentro de una concepción sustentada en políticas educativas que ponen en el centro de sus afanes la integralidad, la inclusión y la universalización de la educación superior.

Si analizamos brevemente los principales actores del proceso educativo, es notorio que, al menos en el discurso, hoy se está priorizando el papel fundamental del sujeto en el aprendizaje; un claro intento por superar la postura de la didáctica clásica en la que la enseñanza acentuaba el rol del profesor como transmisor indiscutible de los saberes considerados socialmente valiosos, tanto desde el punto de vista profesional como desde el académico. Resulta difícil tomar una definición de aprendizaje que nos guíe teóricamente, porque ella va a estar siempre supeditada a una concepción filosófico-psicológica del sujeto, de qué manera conoce, produce o se apropia del conocimiento ya establecido. No obstante, podemos aproximarnos a una conceptualización primaria, entendiendo por «aprendizaje» no una mera acumulación de información, sino un cambio conceptual cualitativo en las formas de «leer» la realidad, experimentarla, comprenderla y racionalizarla que tiene todo ser humano. Una condición esencial de su naturaleza que hace que se apropie de la cultura de su tiempo y la proyecte al futuro.

Dentro de ese marco general, nos interesa destacar el «aprendizaje en la enseñanza superior», ya que no es lo mismo aprender en la enseñanza básica que en este nivel. Indudablemente el término *superior* nos remite a caracteres que le son específicos en cuanto comprometen lo que Vigotsky denominaba «funciones psicológicas superiores» priorizando la incidencia del contexto cultural y generacional sobre las condiciones biológicas que trae todo sujeto en desarrollo. Sobre estas bases la enseñanza terciaria ha de construir las propuestas de formación del estudiantado, diversificando trayectorias, ampliando las posibilidades de modificarlas sobre la marcha, creando «andamios» que ayuden transitoriamente a sortear dificultades en el aprendizaje; facilitando no solo el acceso sino también la permanencia dentro del sistema educativo sin que esto afecte (o lo haga mínimamente) la calidad de la formación. Superar este escollo y lograr los equilibrios necesarios entre el mayor acceso del estudiantado al sistema y mantener su excelencia parece ser uno de los principales desafíos planteados hoy al colectivo universitario.

Algunas certezas se visualizan a partir de múltiples investigaciones que buscan explicaciones acerca de cómo se producen los procesos cognitivos, su naturaleza, desarrollo, obstáculos y relacionamientos con la (mal) denominada «sociedad del conocimiento». Entre ellas nos interesa subrayar los aportes derivados de los estudios realizados sobre los procesos metacognitivos, por su importancia para el desarrollo de la autonomía en el aprendizaje. Este objetivo ineludible en la enseñanza superior lo justifica ampliamente. Recordemos que las personas no solo elaboramos conocimiento acerca de la realidad (ya se trate de la física o de la social), sino que, además, tenemos la posibilidad de volver la mirada sobre la actividad de pensar (tanto de la propia como de la ajena) y del pen-

samiento como producto y de transformarlos en objeto de reflexión. En otras palabras, es posible elaborar un «conocimiento sobre el conocimiento» (el prefijo *meta-* hace alusión a esta condición): un conocimiento sobre cómo percibimos, comprendemos, conceptualizamos, argumentamos o recordamos; en fin, sobre cómo aprendemos o aplicamos los saberes que poseemos.

No solo es factible un supraconocimiento sobre nuestras experiencias, habilidades, capacidades y competencias, sino también sobre las posibilidades que tenemos de controlarlas y potenciarlas en su desarrollo. Aspecto clave para el aprendizaje autónomo, porque permite al sujeto ejercer procesos de control sobre la propia actividad cognitiva, fundamentalmente cuando el aprendiz, en forma individual o en colaboración con otros, identifica un problema, planifica soluciones, toma decisiones, realiza determinadas tareas o las evalúa.

Nada fácil está resultando para el sistema educativo en general y en particular para el superior responder a las nuevas demandas de la sociedad actual, sobre todo porque ello implica un cambio en las formas tradicionales de concebir el aprendizaje y la enseñanza, un cambio radical, de manera que el acento no esté puesto en proporcionar información (por más relevante que ella sea), sino en convertir esa información en conocimiento. De ahí la necesidad de introducir en los procesos de enseñanza y aprendizaje el diálogo y la reflexión; diálogo con el conocimiento (siempre incierto y perecedero), con el saber de los pares y con el del docente para así poder construir una voz propia que surja de la interpelación y el análisis de los contenidos en juego. La tecnología ofrece recursos invaluable en este sentido, siempre que se la utilice como un medio para la liberación y la creatividad y no para consolidar un usuario dependiente de las aplicaciones diseñadas por otros. Abrir múltiples posibilidades para interrogar individualmente o en colaboración el saber transmitido parece ser un camino cada vez más transitado en los estudios y propuestas que acusan recibo de las múltiples dificultades que presentan las generaciones que ingresan al sistema educativo superior.

Nos consta una creciente toma de conciencia de que la mayor parte de esas dificultades no provienen solo de la formación previa del estudiante que ingresa, sino, más bien, del modelo institucional, que no ha sabido interpretar las características, saberes, necesidades y demandas de los jóvenes de esta generación. Tenemos la percepción de que cada día este problema va ocupando un espacio mayor en el debate educativo; las modificaciones introducidas en los últimos años en planes y programas de la formación académica y profesional constituyen una muestra de esta necesidad de acompañar el profundo cambio cultural y tecnológico que nos toca vivir. Pero eso no alcanza, es necesario que esa nueva «cultura del aprendizaje» llegue y se consolide en el principal espacio educativo, el de las aulas. Espacio que debería fortalecerse a partir de investigaciones que focalicen este aspecto más que otros ligados a disciplinas del campo sociológico que aportan, y mucho, pero no abordan directamente el problema central del aprendizaje, sus dificultades y posibles soluciones. La mayor parte de los trabajos que recogemos en este número, algunos ensayos y otros (la mayoría) derivados de estudios realizados en nuestro medio, van en aquella dirección, pero no en la que señalamos. Todo un reto cambiar la mirada sobre esta cuestión clave para la transformación de la educación superior.